

FELICIANO MONTERO GARCÍA (coord.): *La Acción Católica en la II República*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 2008, 293 págs.

Es de sobra conocido que la década de los años treinta del siglo pasado es uno de los períodos más estudiados por los historiadores de la España contemporánea. Sin embargo, no todos los aspectos habían sido, hasta hace poco, objeto de un tratamiento sistemático y riguroso; tal vez porque durante años se

dieron por hecho algunos supuestos que la realidad no siempre confirmaba y que tiempo después han despertado el lógico interés de los investigadores, menos preocupados ya por confirmar prejuicios que por conocer los hechos y valorar en su justo término los matices propios de un período de transición sumamente complejo en lo político, pero también en lo social y lo cultural. Uno de los casos más significativos, aunque pueda resultar sorprendente en una historiografía durante tanto tiempo obsesionada con la relación catolicismo-conservadurismo-nacionalismo español, es el papel del movimiento católico en la sociedad y la política de la España de entreguerras. Durante los últimos años se han publicado varios estudios monográficos que analizan en profundidad el anticlericalismo en el ámbito nacional, la confrontación entre católicos y anticlericales en el espacio regional, la política religiosa de la dictadura de Primo de Rivera, el conflicto entre libertad de conciencia y secularización en la Segunda República o las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Han aparecido también varios estudios sobre las diferentes familias de las derechas españolas en ese período. Y contamos, asimismo, con trabajos de ámbito regional sobre los conservadores que, aunque de calidad desigual, al menos han puesto sobre la mesa una información imprescindible para completar y mejorar las investigaciones de finales de los setenta sobre la CEDA, el principal movimiento político de la derecha católica entre 1933 y 1936. Ahora bien, como se señala en el libro que reseñamos, la reacción católica que se produjo en aquel contexto de dura confrontación tuvo «una dimensión» no sólo política o eclesiástica, sino también «social», en la medida en que, como en otras partes de Europa, los católicos estaban inmersos en una labor de *recristianización*; y esa dimensión, la de la Acción Católica y sus múltiples brazos, ha sido, sin duda, «mucho menos estudiada», cuando se trata de un «buen observatorio para medir y valorar cuantitativa y cualitativamente la movilización católica durante la 2ª República».

Feliciano Montero, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Alcalá, reconocido especialista en la historia del catolicismo social y el movimiento católico en la España del siglo XX, autor de *El primer catolicismo social y el Rerum Novarum en España* (1983) o *El movimiento católico en España* (1993), ha coordinado un estudio en el que varios autores, en el marco de un fructífero proyecto de investigación, aunque no todos pertenezcan al mismo, analizan la organización y actividad de Acción Católica en diferentes regiones españolas: José Leonardo Ruiz, buen conocedor del catolicismo sevillano del primer tercio del siglo XX, aborda el estudio del pontificado del cardenal Ilundáin y Esteban (1921-1937); Enrique Berzal analiza el caso vallisoletano, que también conoce en profundidad y del que se ha ocupado en su biografía del obispo Remigio Gandásegui (1999) o en *Valladolid bajo palio. Iglesia y control social en el siglo XX* (2002); José Ramón Rodríguez Lago, autor de un estudio sobre *La Iglesia en la Galicia del franquismo* (2004), firma un interesante capítulo sobre la Acción Católica gallega; por su parte, Francisco M. Hoyos, Joan

Matas y Álvaro Feal López, se ocupan, respectivamente, de la Acción Católica en Cataluña, Mallorca y Madrid. Como puede apreciarse, se trata de un abanico suficientemente amplio como para hacerse una idea bastante precisa de la movilización católica en el período y, como señala el coordinador del libro en la introducción, para avanzar en una «mejor comprensión de la experiencia republicana desde abajo», algo que en los últimos tiempos está cobrando no poca importancia.

Todos estos estudios regionales van precedidos, además, de cuatro textos que, desde una perspectiva nacional, analizan aspectos especialmente interesantes de la organización de los católicos y de su relación con la movilización política conservadora, especialmente AP-CEDA, durante la Segunda República: El propio Feliciano Montero se ocupa de la visión general de la «nueva» Acción Católica de Ángel Herrera; «nueva» porque el autor parte de la premisa de que, una vez instaurada la República, el nuncio Tedeschini pudo, por fin, impulsar una AC siguiendo el modelo de Pío XI, es decir, un «tipo de movilización ‘moderna’ en las formas y métodos, y accidentalista y posibilista en su manera de entender la relación con la política republicana». Mientras, Inmaculada Blasco, Chiaki Watanabe y Emilio Grandío abordan temas sobre los que no sabíamos demasiado hasta hace bien poco, al menos en los dos primeros casos. De lo tres, el capítulo más interesante y mejor trabado es el de la profesora Blasco Herranz sobre las mujeres de Acción Católica, su organización y su compleja relación con la movilización política al servicio, fundamentalmente, de la CEDA. Aunque las secciones femeninas de la AC desempeñaron un papel fundamental en la formación de elites destinadas a impulsar la movilización política de la mujer, la relación entre organizaciones seculares y fines de la AC por un lado, y agrupaciones femeninas de los partidos y proselitismo político por otro, no se redujo a una idea de pura subordinación de la Acción Católica a fines partidistas. Las mujeres católicas se organizaron tempranamente para recabar firmas —lograron una cifra verdaderamente espectacular, entre 1,5 y 2 millones— con las que solicitar a las Cortes Constituyentes que no aprobaran una Constitución que atentara contra los derechos de la Iglesia, pero su actividad dentro de AC no era puramente partidista. Las cuestiones políticas les interesaban en tanto que afectaban a sus derechos y a la supervivencia de la Iglesia, pero tanto o más les preocupaba la respuesta que podía darse a lo que ellas percibieron como una situación social que ponía en peligro su identidad de mujeres católicas y el papel que debían desempeñar en la sociedad como resultado de esa identidad. En la medida en que las decisiones políticas afectaran a eso, su movilización fue también política, pero no estrictamente partidista, entre otras razones porque la oferta de partidos que decían defender los derechos de los católicos era suficientemente amplia como para que la sección femenina y las juventudes de AC evitaran verse identificadas sólo con unas siglas. Dicho esto, sin embargo, aquel contexto permitió a las mujeres católicas, que habían defendido el sufragio femenino

desde 1918 y que habían mostrado mucho interés en los nuevos planteamientos social-cristianos, movilizarse con bastante éxito dentro de los presupuestos posibilistas y accidentalistas a favor de la CEDA.

Aunque el libro plantea muchos temas importantes, resume investigaciones pormenorizadas ya publicadas, como es el caso de la breve contribución sobre los jóvenes Propagandistas de Chiaki Watanabe —autora de una tesis doctoral sobre la ACNdP publicada en 2003—, y sugiere líneas de investigación que, sin duda, serán fructíferas, la reflexión más interesante tiene que ver, en mi opinión, con la relación entre movimiento católico y acción política de los católicos. Asunto polémico en el que, como advierte el propio coordinador al comienzo del texto, ni siquiera entre los investigadores invitados a participar en este libro hay una total sintonía, especialmente porque Grandío Seonae se distancia en su trabajo del planteamiento central sostenido por el propio Montero García y gran parte de los autores acerca del apoliticismo de la «nueva» Acción Católica y la necesidad de estudiarlo dentro de un contexto complejo y variable.

Ciertamente, durante mucho tiempo ha primado una valoración prejuiciosa de la relación entre catolicismo y derechas, descalificando a la CEDA por haber sido un instrumento de la política antirrepublicana de los católicos y negando la sinceridad y viabilidad de la actitud posibilista y moderada de la Iglesia ante el nuevo régimen. El estudio de la Acción Católica coordinado por Feliciano Montero parte, sin embargo, de presupuestos, a mi juicio, más equilibrados. El principal es que la Iglesia, bajo la dirección del nuncio Tedeschini y el impulso de prelados moderados como Vidal, Ilundain o el mismo Gandásegui, fue sinceramente accidentalista y posibilista; por eso promocionó, a través de Ángel Herrera, una Acción Católica que no sólo pretendía ser moderna en sus medios de movilización sino que asumía una distinción clave entre el catolicismo y la vida de partidos —aspecto que se reflejó con toda contundencia, aunque tal vez no con demasiado éxito, en la organización de los jóvenes católicos—. La Iglesia de los años treinta podía haber sido monárquica hasta fechas muy recientes, pero no era mayoritariamente antirrepublicana y su estrategia oficial no fue la de preparar a los católicos para derribar el régimen, sino la de organizarlos y movilizarlos para que ejercieran, en el nuevo marco de competencia ideológica y ofensiva laicista, como ciudadanos activos en defensa de sus valores e intereses, lo que no era lo mismo que obligarles a militar en un partido u otro. El compromiso entre Iglesia y Estado republicano no fue posible, en gran medida por el laicismo beligerante de la izquierda republicana y los socialistas, que subordinaron la libertad de conciencia a un ambicioso proyecto de revolución en las conciencias —aspecto del que me ocupé en mi trabajo *Anticlericalismo y libertad de conciencia. Política y religión en la Segunda República*, Madrid, 2002—; pero, incluso así, buena parte de los católicos, con la nunciatura e importantes medios de comunicación al frente, asumieron que debían competir en un nuevo régimen constitucional y, aunque éste no les gustara y desearan cambiarlo, se enfrentaron a la postura integrista, desarrollaron una organización y lograron una movili-

ción que, tanto por la vía de los seculares, en Acción Católica, como por la vía puramente partidista, con Acción Popular-CEDA, les permitió contestar social y políticamente a la ofensiva laicista. Este libro supone un avance importante para conocer a fondo la compleja relación entre ambas vías.

*Manuel Álvarez Tardío*  
Universidad Rey Juan Carlos